

En el Foro Romano

Sentado aquí, con estupor profundo
Miro las huellas de implacable ruina :
Alto silencio en el lugar domina
Do palpitaba el corazón del mundo.

Allí, surgiendo de entre el polvo inmundo
Rota columna su arrogancia empina ;
Allá, un arco triunfal su dorso inclina
Con el sopor de atleta moribundo.

Entre el bosque de escombros seculares,
El roto rastro de la Sacra Vía,
Como serpiente destrozada, asoma ;

Y aún se ven los graníticos sillares
Por do el soberbio triunfador subía,
Trayendo el mundo hasta los pies de Roma.

ANTONIO GOMEZ RESTREPO

Catedrático de Historia de la Literatura



CÓMO SE GRADUÓ

(SOBRE TEMA PROPUESTO PARA UN CONCURSO LITERARIO EN EL
COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO)

I

Queréis, hijos, saber cómo se graduó vuestro abuelito. Eso hace cincuenta y tantos años, á fines del pasado siglo XIX. Para vosotros quinientos años, para mí cinco días. Más tarde entenderéis el distinto modo como computan el tiempo pretérito los viejos y los niños. Lo por venir, y sobre todo la muerte, si son lo mismo para los mozos que para los ancianos : larguísimo el tiempo, enormemente lejana la hora de rendir cuentas.

La primer semana después de llegar á Bogotá, fue para mí como la que pudiera pasarse en la antecámara del Paraíso. Cuando salí solo de la fonda, vestido de nuevo, estrenando desde camisa hasta bastoncillo de junco, á recorrer las calles centrales, únicas en que no tenía miedo de perderme, no me hubiera cambiado ni por el Presidente de la República. Con el sombrero un tantico echado atrás, con paso grave y afectadamente decoroso, marchaba por la acera, tratando de verlo todo, aunque sin mirar mucho, cosa que yo bien entendía ser de gente rústica y primeriza. Iba, sobre todo, fijándome en la ropa de los jóvenes con quienes topaba, para compararla mentalmente con la mía, y observando qué impresión causaba en las gentes mi primera aparición por esas calles. Como yo no era tonto, al volver á casa tenía bien aprendida mi primera lección de Bogotá, reducida á tres puntos: nadie iba estrenando ropa; todos andaban por la calle exactamente con la misma naturalidad que en mi pueblo; ninguno me miró ni pareció advertir que la capital contaba con un personaje más.

Cuando pasé ese día por el atrio de La Catedral, se me acercó un chiquillo de nueve á diez años, descalzo, vestido de un calzoncito viejo y hartó más roto de lo que exige la urbanidad, un chaquetón sobre la piel, y en la cabeza un cono de fieltro gris á guisa de sombrero. Llevaba terciado, colgando del hombro izquierdo, un cajón de madera.

—Mecito, ¿le embolo?

Mis botines americanos, acabados de sacar del almacén, no tenían necesidad de betún ni cepillo. No obstante, me apoyé de espaldas contra la fachada de La Catedral, puse el pie sobre una tablilla en forma de suela de zapato que el cajón tenía encima, y encendí un cigarrillo, sin más arreglo que desdoblarle las puntas. No sé por qué me acuerdo de este detalle, ni para qué os lo refiero.

—Padre abuelo, ¿cuántos años tenía usted entonces?

—Algo más de los que tú cuentas ahora: me parece que iba á cumplir los diez y siete.

El lunes siguiente, después de almorzar, un primo de mi padre me condujo al Colegio del Rosario. Yo había estudiado, como externo, en un colegio que abrió aquí, por los años de mil ochocientos ochenta y tantos, un particular. Pasé por buen estudiante, y gané premios todos los años. Llevaba á Bogotá certificados muy honrosos, aunque, tratándose de algunas de las materias que había cursado, mi conciencia no estaba de acuerdo con las certificaciones. Iba yo á *concluir literatura*, como decíamos entonces, para seguir luego estudios profesionales que me alcanzaran el grado de Doctor. Tales eran los anhelos de mis padres, y los míos también, hasta entonces.

Mi temperamento nervioso, fuente principal de todas las alegrías y penas de mi juventud, no dominado aún por la razón y los desengaños, me ponía lentes de aumento ante los ojos del alma. Estuve la víspera y la mañana de mi entrada al Colegio, inquieto y azorado. No por el Colegio mismo, que me figuraba sin vacilar igual al de mi pueblo, sino por el recibimiento que me hicieran el Rector y los camaradas; el Rector, sobre todo. Veterano como era yo en achaques de régimen escolar, sabía lo que importa el genio y carácter del Jefe del *plantel*, como decía en sus discursos mi antiguo Director.

El Rector es la sombra del estudiante, pensaba yo, el que dicta casi todas las clases, el que vigila los pasos y las formaciones, regaña, castiga y expulsa.

Llegámos con el tío, que iba á matricularme en el Colegio con la misma despreocupación de quien consigna por cuenta ajena una suma en el Banco, á la puerta del Rosario. Alcé á mirar si el letrero estaba pintado sobre la puerta en la pared, ó con letras de oro en una tabla barnizada. Nada de eso: un escudo macizo de piedra, con unos dibujos tallados. Pasando el enorme portón, entrámos á lo que yo creí una salita, y resultó el zaguán; enfrente otra puerta grandona, y encima una losa de mármol con una inscripción en letras mayúsculas. Sabía yo bastante latín para comprender

que aquello era escrito en esa lengua, pero no lo suficiente para traducirlo.

El claustro, gracias á mi fantasía, me pareció tan grande como una plaza. Subimos la anchísima escalera de piedra. En el segundo tramo había unas letras de oro que decían *Galdas*, y una fecha. Mi tío me explicó á la carrera que aquello era un recuerdo del día en que el ilustre sabio bajó por esa misma escalera para ir al patíbulo, á morir por la Patria.

Recorrimos un ancho y largo corredor, en cuyo extremo había una puerta con marco muy adornado, y con un letrero blanco sobre una placa de porcelana azul que decía: *El Rector*. Entrámos, sombrero en mano, á una salita, de suelo entablado, pintado íntegramente de rojo. Al rededor había muchas personas: señoras, caballeros y jóvenes. Las paredes estaban cubiertas de retratos al óleo en marcos dorados. Unos grandes, otros chiquitos, éstos de cuerpo entero, aquéllos de cintura arriba.

Las vestimentas como en baile de disfraz: clérigos, generales, magistrados de toga y golilla. Los demás con levita ó frac negro, desde los de última moda hasta los de cuello levantado y altísimo, que les hacía á los dueños cosquillas en las orejas. Me parecieron todos esos señores muy feos y muy serios. Todos tenían, ó puesta, ó en el pecho, ó sobre un mueble al lado, una cinta blanca, anchota, con un garabato negro á modo de una cruz mal hecha. Mi tío me advirtió que esos eran los *hijos ilustres del Colegio*.

Por riguroso turno iban entrando los señores al aposento vecino. Llegó nuestra vez, y penetrámos. El salón era clarísimo, alumbrado por el frente y el costado por grandes ventanas; en el fondo había un escritorio, y sentado detrás del escritorio, dando la cara á la entrada, vi á un sacerdote. Me pareció viejo, porque los muchachos fijan el principio de la ancianidad en los treinta años. Cuando yo cumplí los cincuenta, advertí que el Rector, en aquella época, era joven todavía.

Se levantó al vernos, saludó á mi tío dándole la mano y á mí con una inclinacioncita de cabeza, nos indicó con la mano dos sillas á su derecha, nos sentámos, y sin prólogo, sin preguntarnos por la familia, sin informarse de dónde éramos ni cómo nos llamábamos, empezó:

—¿Usted viene á poner este jovencito en el Colegio?

—Sí, Su Reverencia.

Sonrióse y siguió:

—¿Interno?

—Sí, Su Paternidad.

—¿Tiene usted los certificados?

Yo me puse en pie, metí la mano temblorosa al bolsillo de pecho, saqué los papeles y se los entregué al Rector.

Los recorrió rápidamente con la vista, abrió un librito ancho y corto, forrado en cartón verdoso, escribió unas líneas, arrancó la mitad de la hoja, se la alargó á mi tío, se levantó para saludar á una señora que apareció en la puerta, y nos dijo en tono de despedida:

—Lo demás se lo arreglan á ustedes en la Secretaría.

Salimos al corredor.

—Pero tío, ¿qué es lo que yo voy á estudiar?

—Ahí dirá en el papel.

Me lo alargó y siguió como disparado escaleras abajo.

Lo dejé que se marchara y me paré á leer con la mayor atención. Era una orden al Secretario del Colegio para que matriculara al *Señor Don Fulano de Tal*, en cuatro clases que se enumeraban allí, y que maldita la gracia que me hicieron. Una de ellas era la de Sintaxis latina. Advertía el papelito que yo iba al Colegio en calidad de *convictor*.

¡Virgen de Chiquinquirá! Y yo que desde antes de salir de mi tierra tenía ya determinadas las materias que deseaba estudiar! Que había venido preparando por el camino los argumentos con que debía convencer al Rector de que los cursos que me convenían eran los de Moral, Retórica y Teneduría de Libros! Lo de que me llamaran *Señor Don* no me disgustaba, pero aquello de que yo debía ser admitido en

calidad de *convictor*..... Unos momentos me sonaba la palabra á honra señalada, otros á situación ignominiosa, por debajo de todos los demás estudiantes. *Convictor*, *comendador* *convictor*, *convicto*. *Reo convicto y confeso*, decía mi padre hablando de un redomado pícaro que estaba en la cárcel de mi pueblo.

Cuando llegué á la puerta de la Secretaría, que estaba en la planta baja, ya mi tío había pagado la pensión, había firmado en blanco la diligencia de matrícula para que el Secretario la llenara después, y se había marchado á abrir el almacén.

Aquella tarde, después de que un empleado recibió mis trastos y los puso en sus respectivos lugares, me encontré, ya sin sombrero, en el claustro principal del Colegio. Fue la primera noche tan amarga como la que se pasaría en la antecámara del Purgatorio.

Como los estudios no se habían abierto sino la víspera, sólo había treinta ó cuarenta alumnos. Unos estaban jugando en el patio, otros formando grupos en los ángulos del claustro, otros paseándose y conversando gravemente. Me recosté contra uno de los pretilos de piedra y me puse á mirar arriba. La tarde estaba despejada, limpio el cielo, pero hacía tanto frío, y más frío en el alma que en el cuerpo. No rompí á llorar porque ya era hombre, y tía Nicolasa decía que un hombre no llora aunque se vea con las tripas afuera.

Por fin, un joven, que sería más caritativo que sus colegas, se me acercó y empezó por preguntarme de qué tierra era yo. Le respondí y empecé á mi turno á interrogarlo. A mí dos cosas me importaban ante todo, pero había que descubrirlas diplomáticamente, sin ponerme en ridículo, sin dejar muy á la vista mi ignorancia.

—¿Usted ha estado en el Colegio en los años pasados?

—Con éste ya llevo tres.

—Es decir, dos.

—Entre estudiantes hay una regla: año empezado, año acabado.

—Y..... ¿usted también es convictor?

—¿Y si nó?

—¿El año pasado hubo muchos convictores?

—Todos, menos los colegiales. Ah! y también los oficiales, pero esos son poquitos.

El aire, que desde medio día no me pasaba de aquí, penetró hasta el fondo de los pulmones.

—¿Y es sabroso ser convictor?

—Lo mismo que ser colegial, es decir, casi. Pero, ante todo, ¿quiere que nos digamos de tú?

—Con mucho gusto.

A todas éstas, ninguno de los dos sabía cómo se llamaba el otro.

—Pues bueno. La diferencia es ésta:

Aquí empezó á llevar la cuenta, tocando sucesivamente con el índice de la mano derecha los dedos de la izquierda.

—Que en misa no quedas en las bancas de adelante; que cuando toquen á reunión de capilla te quedas quietecito en el estudio; que no te sientas en el sofá del Libertador en el Aula Máxima; ni en el refectorio en la mesa traviesa, y que no representas al Claustro cuando tenga asistencia.

Me volví á acongojar. No sólo estudiar aritmética analítica y sintaxis latina, sino vivir oyendo hablar griego, aun á los amigos íntimos con quien uno se tutea. Porque griego, y peor que griego fue aquella explicación para mí. Resolví, no obstante, emprenderla con el segundo problema.

—Y el Sr. Rector, ¿dónde está?

—Estará predicando, ó paseando, ó en su casa, ¿para qué lo necesitas?

—Pero, ¿quién nos cuida?

—*Mio caro*, aquí cada uno se cuida. Teniendo uno *monis* y quien le compre el *comiso*.....

—Ya sé, pero, ¿quién manda aquí?

—Las constituciones y la lengua de Fray Cristóbal.

—¿Cuál Fray Cristóbal?

—Fray Cristóbal de Torres, el Arzobispo que fundó este colegio.

—¿Y la lengua dónde está?

—Mírala, me dijo, y me mostró una campana grandecita colgada de un travesaño de madera en el ángulo superior del claustro.

—Bueno. Pero supongo que habrá necesidad de dar ciertas órdenes, digamos reglamentos; que si uno comete faltas graves lo expulsan. ¿Eso también lo hace la lengua?

—Eso le toca á la Consiliatura.

—¿Quién es ésa?

—Tres viejitos que fueron colegiales hace mil años. De golpe se aparecen, se encierran en el salón rectoral, salen muy serios, y uno es el que las paga.

—Y el Rector, ¿no regaña?

—A los estudiantes, nó; pero en la capilla á veces hace unas prédicas.....

—¿Y es bravo?

—Bravo callado.

—Menos malo; pero, ¿cuál es su oficio?

—Él poco se mete con nosotros, pero nos sabe hasta los pensamientos. Lo que tiene es que se hace á veces el ignorante, porque la verdad es que nos quiere mucho y nos tiene lástima.

En esto se nos acercaron otros estudiantes, y supe que los trabajos de la noche iban á empezar, rezándole el Rosario á la Bordadita.

Aquí la narración, cuando la más chiquita de las nietas interrumpió diciendo:

—Yo sé quién es la Bordadita.

—A ver, dínoslo.

—Pues es mamá linda, y que la Reina la pintó, y que se la regaló al colegial, y que yo tengo que quererla.

—Ven acá, picarona, á que te dé un abrazo por ese discurso tan elocuente.

Me figuraba yo la capilla un salón habilitado de oratorio: era una verdadera iglesia, tan grande como la de aquí, pero más alta, muy aseada, muy adornada y muy linda. En

el centro del altar mayor, en un marco antiguo, ricamente tallado y dorado, estaba una imagen de la Virgen del Rosario, descolorida y marchita. La alumbraban dos cirios muy altos, colocados en candeleros de metal. La verdad, que casi no recé. ¡Estaba tan triste! A la salve, si puse las manos é invoqué á Nuestra Señora de todo corazón, y me pareció que la imagen me estaba mirando y sonriéndose conmigo.

El momento peor fue la hora de acostarnos. Entrámos en silencio sepulcral al dormitorio, tan largo, tan ancho, con sus dos filas interminables de camas, todas igualitas. Un joven, que iba delante de nosotros, encendió una bujía larga encerrada en un farolón forrado en una tela verde. Rezó luego unas oraciones, á que respondimos todos, y nos acostamos. Creo que á los dos minutos todos estaban dormidos. Yo no. Las camas con los cuerpos inmóviles, se me figuraban dos ringleras de ataúdes; la luz indecisa del farol, las sombras fantásticas que proyectaban las vigas, me daban miedo, y para más horror, mi vecino de la derecha era un muchacho muy gordo, que dormía boca arriba, con los brazos fuera de las sábanas, con los ojos abiertos como los conejos, y daba de cuando en cuando unos resoplidos!

Un rato después sonó un campanazo, como el que usan en la parroquia para anunciar que un cristiano ha muerto; y otro, y otro, hasta seis. Yo sabía cómo pasaba el tiempo, porque oía cada cuarto de hora el reloj de la vecina torre de San Francisco. Así estuve hasta las doce; después me dormí, pero más me hubiera valido estar despierto.

Soné que estaba en la plaza de mi pueblo, en el momento de salir de misa rezada. Todos los vecinos formaban corrillos, llenos de cordialidad y buen humor. Sonó cerca el redoble de un tambor, y desembocó por la esquina de la plaza un batallón. No eran soldados sino los personajes retratados en el salón rectoral.

A la cabeza iba un General con dos ojitos como cuentas negras de vidrio, y una cara tan colorada como sus pantalones de grana. La víspera le había oído decir á un se-

ñor de los que estaban esperando que ese era "Maza, el ángel exterminador de las huestes españolas."

Le pregunté al Personero Municipal á qué vendrían esos señores; y él, con las manos debajo de la ruana y mascando un cabo de cigarro que tenía en un ángulo de la boca, me respondió con la mayor frescura:

—A afusilarlo á usted.

—¿Qué crimen he cometido? ¿Por qué me van á fusilar?

Y toda la gente que había en la plaza empezó á gritar en coro, con el sonsonete de la escuela:

—Por convictor! por convictor!

Traté de correr, pero las piernas me pesaban como si fueran de plomo.

En esas me hallé subido sobre el altar de la capilla. La Bordadita no era una tela sino una imagen de bulto y de tamaño natural. Me prendí del manto de la Virgen y empecé *Dios te salve Reina y Madre*. Ella cogió un cordón de seda y empezó á repicar una campana.

Me desperté sentado en la cama, sudoroso y con el cuerpo tan molido como si me hubieran apaleado. Los demás estudiantes se estaban moviendo ya, y la campana continuaba repicando sin cesar. Era hora de levantarse para empezar tareas.

Quince días después estaba yo en el colegio como en mi casa, feliz en cuanto cabe dicha en este valle de lágrimas.

A medio año, gracias á la crianza, esmeradísima, que yo había recibido de mis padres, al trato con jóvenes de todos los Departamentos de la República, al influjo irresistible de la capital y á las relaciones con dos ó tres familias distinguidas, había adquirido todos los perfiles de una perfecta educación social, y podía pasar por bogotano *pur sang*, nacido en casa alta del barrio de La Catedral.

Nos hacen á los viejos el cargo de repetir unas mismas historias. Para no incurrir en él, no os contaré una vez más los episodios de mi vida de colegio.

¡Ah tiempos, los más felices de mi vida!

Su solo recuerdo me embalsama el espíritu y me ha servido para llevar con valor las grandes penas de mi existencia llena de luchas y desengaños.

II

Una de las familias con quienes tuve la fortuna de relacionarme fue la del Dr. X, paisano y condiscípulo de mi padre y colega suyo, años atrás, en la Cámara de Representantes.

Aunque pertenecían los dos á distintas parcialidades políticas, la buena amistad que los unía no se había resfriado jamás, gracias á la mutua y cordial estimación que se profesaban.

El Dr. X, después de haber figurado con honra en la magistratura y la administración públicas, se había retirado de la política batalladora, sin desentenderse por ello de la marcha de los asuntos públicos; y ese retiro, lejos de amenazarle el prestigio, se lo acrecentó entre amigos y adversarios.

Era hombre rico; pero ni ostentoso ni esclavo del dinero; había leído mucho y digerido las lecturas, pero no hacía gala inoportuna de su saber. Refinadamente culto, con aquel género de buena educación que no lo parece ni se deja sentir, se hacía simpático en sumo grado para sus escogidas y no muy extensas relaciones.

Una sola cosa tenía para mí desagradable: una imperceptible sonrisita burlona que le pasaba á veces como un relámpago por los labios.

Después de la muerte de su esposa, sucedida diez años antes, no pensó jamás en nuevo matrimonio, pero tampoco disolvió su casa. Siguieron haciendo las veces de la madre las hijas mayores, dos esbeltas y hermosas muchachas rubias, tan hacendosas de puertas adentro, como elegantes en las ocasiones, no muy frecuentes, en que asistían á las fiestas mundanas.

Tenían un hermano, que estaba estudiando en Europa ; y una hermanita, de catorce á quince años, la criatura más linda y agraciada que yo he visto en toda mi vida. Formaba en lo físico, con las mayores, un contraste primoroso. La llamaban, por cariño, Nenita.

—¿ Y cómo era ?, preguntó una chiquilla de doce años que había oído, sin moverse, la relación del abuelo.

—Muy parecida á ti ; mejor dicho : tú eres el vivo retrato suyo. Por eso te quiere tanto tu abuelito.

La niña abrió los ojos, negros y brillantes como los de las Vírgenes de Murillo, y se pasó la mano por la abundante cabellera de ébano, que, á pesar de estar sujeta por una cinta encarnada, se escapaba por todas partes formando rizos.

Después se quedó quietecita para seguir oyendo.

Si mi educación social iba tan bien, como os dije antes, no puedo de la intelectual deciros lo mismo. Estaba enseñado á que me obligaran á estudiar, á que me tomaran todos los días íntegra la lección, á que anotaran el resultado cada vez, lo promulgasen todos los sábados, y me premiaran ó me castigarán al día siguiente. Ahora ya nadie se me acercaba en el salón á gritarme *estudie*. Si no le respondía al Catedrático, él empezaba á explicar de nuevo : nada de notas malas, de castigos por no saber las lecciones. Hasta me asombraba yo de ver tantos jóvenes clavados sobre los libros como si en ello les fuera la vida. Si había quienes se pasaban los domingos estudia que estudia, repasa que repasa !

Además, yo tenía amigos, no muchos ni de los peores, porque siempre me repugnó la vulgaridad, gracias á Dios ; y en Bogotá hay tanto bueno y no tan bueno en qué entretenerse uno los domingos y demás días de asueto.

No era yo lo que se llama en los colegios un perdido ; eso no. Ni tenía mal comportamiento, y la prueba es que nunca me encerraron ni me dejaron sin salir los domingos. Pero, al fin del año, no me calificaron de conducta *óptima*, sino sólo de *buen*, y no obtuve en los exámenes ni un *cinco* :

cuatros y treces, lo estrictamente necesario para seguir el año subsiguiente.

A Nenita no la vi aquel año sino dos veces : el día que me presenté en la casa con la carta de recomendación de mi padre, y el domingo, víspera de mi entrada al colegio, que la encontré con sus hermanas al salir de misa de nueve de La Tercera. Dos días después la pusieron interna en un colegio de monjas, donde había estudiado ya los años precedentes.

Terminó aquel primer año escolar, y me presenté por la noche en casa del Dr. X, á pedirle órdenes para mi tierra.

Me enseñaron los premios y medallas que Nenita había recibido en el convento, y me preguntaron por mis diplomas y certificados. Tenía y tengo muchos defectos, pero no el de ser mentiroso. Sin embargo, el Señor me lo haya perdonado, respondí con aplomo que en el Colegio del Rosario no se daban premios. Aquí vi pasar la sonrisita por los labios del doctor. Certificados de examen sí se expedían, claro estaba, pero el Secretario del Colegio no me había despachado los míos. ¡ Como eran tantos los que tenía que escribir ! ¡ Oh Secretario !, digo ahora parodiando á Madame Roland, ¡ cuántos embustes se cohonestan con tu nombre !

Por fin, después de un viaje fatigoso, alcancé á divisar entre los árboles la torre de mi pueblo.

Apreté el paso á mi cabalgadura.

El puente sobre la quebrada.

Al verme, todos se mostraron regocijados en las calles y me saludaron por mi nombre, chicos y grandes, pobres y ricos. Llegó á la puerta de casa, oigo un grito :

—Ya está aquí.

Aparecen mis padres y hermanos, radiantes de contento. Los criados se mantienen atrás, esperándome también. Me apeó de un salto y caigo en los brazos de mis padres que me estrechan á un tiempo.

Después la comida, en mi sitio de antes. Yo tengo la palabra, para contar de la capital y del colegio. ¡ Mi postre predilecto !

Por la noche mi alcobita, contigua á la de mis padres, zahumada con alhucema. Y al día siguiente la despertada á las siete de la mañana, no con el esquilón del colegio, sino con un beso de mi madre.

Mientras me bañaba y me vestía, viendo, al través del postigo entreabierto de la ventana, los campos cuajados de rocío, oyendo el mugir del ganado en el corral vecino, pensaba que Bogotá es ciudad horrorosa, con sus calles estrechas, sus empedrados cubiertos de lodo, su falta de aire respirable, el ruido de los carruajes, los gritos de los vendedores de periódicos; que las modas ciudadanas son ridículas y estorbosas, los amigos falsos, las diversiones empalagadoras. Repasaba en la mente el *Beatus ille* de Horacio, que había aprendido á traducir á tropezones, y que ahora entendía y gustaba por la primera vez. Vivir, vivir siempre en el campo; pero que pusieran la Bordadita en la iglesia parroquial, y que el Dr. X. se viniera á vivir con su familia á la casa alta de la plaza.

La voluntad humana, sobre todo en la juventud, es muy variable. A los dos meses ya estaba en Bogotá, hechizado con todo lo que allí se ve y se oye, vestido con esmero, cultivando los amigos, buscando los entretenimientos urbanos. Entré de nuevo al Colegio, ya veterano; pero acordándome de mi estreno, traté de endulzarles á los noveles las tristezas de la primera tarde. Si mi aplicación al estudio había sido tan deficiente el año anterior, en este segundo dejó mucho más que desear. Ensanché el círculo de mis amigos; le pedía por semana al acudiente el dinero que antes me bastaba para un mes; logré que muy á menudo fuera á sacarme del Colegio en día de trabajo, ya para ir á casa del dentista, ya para probarme un vestido. Tenía tres nuevecitos, fuera del de uniforme, y mis compañeros llamaban á mi baúl el *gran surtido de corbatas*. Me dejé crecer el cabello á modo de tenor de ópera ó de poeta despedido.

En las clases poco atendía y no llevaba apuntes, y aprovechaba toda ocasión decorosa para eximirme de asistir. En

el salón de estudio destinaba buenos ratos á leer, á hurto del vigilante, versos de periódico y novelas escabrosas. ¿No decía el catedrático de Retórica que el único medio de adquirir buen estilo es familiarizarse con los grandes modelos? Di también en perpetrar versos. No iban dirigidos á Dios, ni á lo Virgen, ni á la Patria, ni á mis padres, ni siquiera á Nenita; no eran descripciones de la naturaleza, ni alabanza á la hermosura; nó, señor; eran escenas de pesadilla, atrocidades que yo no había cometido ni pensaba cometer, amargas hondas, hastíos y desencantos, y todo con los términos más graciosamente disparatados. Mi obra maestra se titulaba *Rayos de acibar*. Empezaba así:

En las florestas gélidas, las anémicas lianas
Frenéticas se abrazan con muecas epilépticas;
Con muecas epilépticas, á los dardos violetas del sol.

—¿Eso qué quiere decir?, abuelito.

—Hijo, lo mismo me preguntó, en mucha confianza, uno de mis condiscípulos, no iniciado todavía en los secretos de la poesía de entonces. Porque nosotros sosteníamos que el arte no es para el vulgo, y que basta que unos versos le gusten á la gente para que deban tenerse por rematadamente malos.

—Y usted ¿qué le contestó?

—Que en Noruega, cuando llega el invierno, los bejucos que hay en los bosques se empiezan á secar por falta de savia. Personifico los bejucos—lianas—cometiéndolo la figura que llaman los clásicos prosopopeya. ¿No has visto que los chamisos secos á veces parecen caras haciendo gestos como los que padecen gota coral? Pues figúrate cómo se abrazarán enloquecidos al ver que se van á morir. Para que la escena resulte más melancólica, la pongo á la hora del crepúsculo. El cielo se tiñe en Occidente de colorado, y esa tinta se combina en la retina del ojo con el azul del resto del cielo, y tú comprendes, mezclando rojo y azul sale morado, ó violeta, que es lo mismo.

Lo que iba peor era el estudio del Algebra. Desde el primer día, con la enérgica tenacidad de la pereza para no hacer las cosas, resolví que yo no podía aprender aquéllo. Ni oía las explicaciones, ni cogía en mis manos libro ni pizarra. Mi conciencia se enfadaba, y yo armaba con ella unas trifulcas! Discutíamos, por lo general, á tiempo de acostarme, y yo la calmaba de pronto con tres soberbias razones. El texto era oscuro: eso nadie lo podía negar; no le da Dios á todos iguales talentos para las diversas ciencias, y yo que tenía facilidad para la Literatura, era un asno para las Matemáticas; y ¿qué tiene que ver el Algebra con la carrera en que yo pensaba graduarme?

Pasados los asuetos de Julio, me persuadí de que no podía presentar exámenes al fin del año. En Retórica, tal vez, conversando un poco y supliendo con el desenfado lo que me faltaba; en Lógica, acaso me tocara el principio de autoridad, porque si salían las figuras del silogismo..... Pudiera ser que en Física me preguntaran lo de las nubes: cirro, estrato, cúmulo. Pero en Algebra, ¡Dios santo! Ni sumar A con B.

Empecé á acariciar entonces la idea de salirme del Colegio, dejar los estudios y dedicarme á trabajar. Me confirmé en este luminoso proyecto un sermón que le oí al Sr. Rector un domingo en La Catedral. Habló sobre la educación. Reprobó la conducta de los padres de familia que se empeñan en hacer sabios á sus hijos, aunque carezcan de dotes para los estudios: mi caso con el Algebra precisamente; dijo que el país necesitaba de pocos doctores pero doctos de veras; y acabó afirmando que una nación, compuesta sólo de abogados y médicos, sería la más infeliz de la tierra.

Por supuesto que la palabra *trabajar* no representaba para mí ningún oficio mecánico. No faltaba más sino que un joven de mi posición fuera á manejar el hacha ó á dirigir un arado. Tampoco entraba en mi plan irme á gobernar alguna de las haciendas de mi padre. Trabajar, pero sin salir de Bogotá. Dependiente ó empleado, eso sí no. El que tiene suel-

do fijo se acostumbra á él, y nunca economiza ni hace capital. Yo me informaría sobre el trabajo de los jóvenes elegantes que solía ver por las tardes en los balcones ó formando corros en las esquinas de la calle real.

A principios de Octubre, el Dr. X. me invitó á un examen que iba á presentar Nenita en el convento. Había terminado los estudios que allí se dictaban; la interrogarían sobre todas las materias que había aprendido para darle un diploma de *instrucción suficiente*. Después iríamos á la casa á celebrar tan feliz acontecimiento con una comida de familia. Ya el Sr. Rector había dado el permiso para que yo saliera desde medio día y pernoctara fuera del colegio.

Duré más de una hora vistiéndome y acicalándome, y un cuarto antes de las dos iba bajando la escalera, acabando de calzarme los guantes. Fuera de los demás motivos de contento, tenía el de ver de cerca un colegio de monjas. Yo las estimaba y respetaba mucho, eran unas santas, pero aquello tendría su puntica de ridículo, y la ciencia que enseñarandebía de ser tan elemental y anticuada.

Presenté á la portera mi tarjeta de invitación, convidóme ella cortésmente á que pasara adelante, seguí tras de un caballero y una señora que habían entrado antes que yo; subimos escaleras, atravesamos claustros y pasadizos en direcciones distintas, y llegamos á la puerta transversal de un vasto salón. Frente á la entrada había un dosel de damasco encarnado para el Sr. Arzobispo; á derecha é izquierda sillas de brazos, todas iguales, forradas en baqueta de Córdoba, y en ellas canónigos, dos magistrados de la Corte Suprema, un ministro de Estado y otros señores de respeto. A lo largo de la sala varias filas paralelas de silletas de mimbre, ocupadas por caballeros y señoras; en el fondo, en bancos puestos en anfiteatro, dando la cara al público, las educandas, vestidas y peinadas con la más perfecta uniformidad. Delante de ellas, un espacio vacío, tapizado con una riquísima y antiquísima alfombra quiteña. A la izquierda de ese llamaremos prosenio, un piano de cola. Las paredes esmeradamente blan-

queadas con cal y adornadas con varios cuadros místicos al óleo, de mérito muy desigual.

La religiosa que introducía en la sala, ó bien por mis relaciones con la familia X., ó por el escudo del Rosario que yo llevaba puesto, me señaló asiento en la fila de los personajes. Entré bastante azorado, pero un momento después tomé un airecillo impertinente de protección medio burlona: el del insigne orador parlamentario que se dispone á escuchar el discurso de un alcalde de monterilla; el de un general vencedor que va á presenciar una revista de milicianos.

Una monja viejecita, supongo que la Superiora, después de pedir la venia del Sr. Arzobispo para comenzar la fiesta, tocó una campanilla. Se acercó entonces al piano otra monja, joven todavía y no mal parecida, de una blancura mate semejante á la de la plata sin bruñir. Me enderecé en mi silla para ver si sorprendía en el Dr. X. la sonrisita aquélla. Nada, tan serio como si estuviera presidiendo el congreso.

Desde que la monjita puso las manos en el teclado, sentimos que dominaba en absoluto el instrumento. Tocó una sinfonía alemana, difícil en sumo grado y con tal maestría, como yo nunca había oído en los salones. Unas señoras dijeron en voz baja que la pianista era una señorita de ilustre familia, educada en Europa, y que en el mundo era tenida por artista consumada. En seguida un grupo de niñas cantó perfectamente un primoroso himno religioso, á dos voces. Si hubiera tenido yo un espejo al frente, me habría asombrado del cambio de mi actitud y expresión.

Pusieron un asiento en mitad del espacio libre; Nenita se levantó de su puesto, se santiguó rápidamente, y vino á sentarse en el banquillo aquel. No parecía cortada, ni presumida tampoco; tenía la naturalidad que es signo de la perfecta modestia que se ignora á sí misma.

Empezaron á preguntarle sobre religión. Al principio cosas que yo sabía muy bien; pero después habló de libros protocanónicos y deuterocanónicos del Antiguo Testamento, los enumeró, dijo sus autores ciertos ó probables; explicó

por qué los tres primeros evangelios se llaman sinópticos, y sobre qué versan las epístolas canónicas de Santiago, San Pedro, San Juan y San Judas. Yo me sentía desazonado y nervioso.

Otra monja la mandó pasar al tablero. Rogó á uno de los señores que le dictara una frase á la niña. Ella fue escribiendo en correcta y elegante letra inglesa. ¡Y yo que mandaba tarjetas con recados, de mi letra torcida é infernal, á la casa del Dr. X. ! Nenita analizó la frase lexigráficamente; á propósito de un relativo que se halló, explicó el empleo del pronombre *que*, y cuándo su uso es galicado. Pasó, por insinuación de la maestra, á los del gerundio, y luego al significado alegórico de los tiempos del verbo. No había aprendido yo en el colegio de mi pueblo sino un epitome de gramática, que mi preceptor calificaba de *curso segundo de castellano*.

Hizo Nenita con una oración francesa que le dictaron, lo que había hecho con la española; tradujo de aquel idioma á éste; y en seguida empezó á escribir en francés lo que uno de los concurrentes le iba diciendo en nuestra lengua. De cuándo en cuándo la monjita le decía: *Fíjese*; ella se detenía un momento, movía la cabeza en señal de afirmación, borraba rápidamente, volvía á escribir y explicaba en qué había consistido el error. La examinaron sobre otras materias, hasta que la Superiora, mirando un papel que tenía delante, dijo: *Algebra*.

—Pase al tablero, dijo otra monja. Si dos números p y q (de signos cualesquiera) sustituidos en lugar de X

De lo demás de la función poco me acuerdo. Creo que hubo recitaciones y diálogos y música y distribución de premios. Yo estaba anonadado, como un pobre infeliz que va en busca de un tesoro y se halla en la mitad del camino con un río caudaloso, sin puente y sin barca. Había aguardado aquel día como uno de los más felices, y ahora me provocaba decir que me sentía muy mal, y no habría mentido, é irme al Colegio y encerrarme en el calabozo y pasar en él la noche sin comer y sin cama en qué acostarme.

Al llegar á la casa apenas logré disimular mis impresiones. En la comida Nenita me dio el golpe de gracia. Le preguntaron si se había asustado mucho.—Algo, eso es tan natural. Pero le había pedido tanto á Nuestra Señora en la comunión de la mañana, y además las Madres le habían mandado que no tuviera miedo. A ella no la intimidaban mucho el Sr. Arzobispo y los otros caballeros, porque están acostumbrados á oír exámenes de niñas, y tampoco se fijan mucho. Lo que más la había cortado era yo, que tenía todo tan presente. ¡Cómo me habría parecido de infeliz su examen, estando en vísperas de ser bachiller del Colegio del Rosario!

Pasé la noche en casa de mi acudiente, sin dormir, cavilando y resolviendo. Mi conciencia ya no discutía conmigo, antes me ayudaba á pensar. Lo que era el Algebra eso ya no tenía remedio por aquel año, pero en las otras clases era preciso obtener el número cinco. Para ello estudiaría el mes que me quedaba, como loco, sin descanso, aunque me costara la vida. ¡Cuánto mejor morirme que dejar de presentar exámenes ó que perder todos los cursos de aquel año!

Como lo dije, lo hice. Aquel mes se pasó como un relámpago. Llegó el 31 de Octubre, antevíspera del día en que comenzaban los exámenes. ¡Qué distante estaba yo esa mañana de sospechar lo que me esperaba, y el nuevo curso que iba á tomar mi vida!

(Concluirá)

COLEGIAL

CRONICA DEL COLEGIO

No vamos á empezar nuestra crónica *a gemino ovo*, ó como quien dice, desde la fundación del Colegio, "cosa que nos llevaría demasiado lejos," como dicen algunos periodistas; pero sí le daremos principio desde mediados del finado año de 1904.

* * A fuer de estudiantes educados y agradecidos á quienes nos hacen bien, saludamos al iniciar nuestras tareas.